

Verano cruel

Cuando tenía dieciséis años, el mundo se derrumbó a mi alrededor. Tres veces seguidas.

La primera vez, los culpables de la catástrofe fueron mis papás. Un día, de pronto, sin aviso previo, sin pleitos ni malas maneras, decidieron que entre ellos, Cecilia y Rodolfo, ya no había más amor.

Para anunciarlo, nos invitaron a comer a mis hermanos y a mí a nuestro restaurante favorito. Así, entre rojos profundos, dragones dorados, rollos primavera y taquitos de pato pekinés, nos miraron con ojos tristes y nos dijeron que nuestra familia ya no existiría más como la conocíamos entonces. Además, nos arruinaron el Hai Huey para siempre.

En el sentido práctico, las cosas serían así: nosotros viviríamos con mamá y veríamos a papá dos fines de semana al mes. También pasaríamos la mitad de las vacaciones con él.

Se vendería nuestra casa, papá se iría a vivir con el abuelo mientras encontraba algo propio, y mamá, con nosotros tres, se mudaría a un departamento “muy bonito”

en la colonia Del Valle “donde había mucha gente de nuestra edad”.

No perdieron nada de tiempo y, al día siguiente de la comida en el restaurante mandarín, pusieron en marcha el proyecto “Cómo destruir la vida de tus hijos en una semana o menos”.

Como acababan de empezar las vacaciones de verano y no teníamos que ir a la escuela, mamá aprovechó para convertirnos en sus esclavos. Durante la siguiente semana, cada segundo estuvo destinado a preparar la mudanza.

Yo estaba confundida y furiosa. Mis papás siempre habían descrito a nuestra familia como una democracia ejemplar, pero eso era una gran mentira. Entonces lo supe, hasta ahora habíamos vivido y seguíamos viviendo dentro de una dictadura absoluta y cruel, en un reinado indiscutible de los que se hacían llamar “los que saben más”.

En mi lista de quejas, el segundo lugar estaba ocupado por el hecho de que para ellos la situación no parecía ser tan grave. Decían que era la mejor decisión para todos. Y yo quería gritarles que por favor no hablaran por mí. Pero me quedé callada. Así de enojada estaba.

Su intención era que nuestra relación con ambos no cambiara, a pesar de que todo lo demás hubiera sido levantado por un huracán.

Yo tenía clarísimo que no escogería ningún “lado” en el conflicto. Después de esa comida y durante el resto del verano yo los odié a los dos por igual.

Por las noches mis padres, muy civilizadamente, dividían sus pertenencias para que, mientras papá se iba a la oficina en la mañana, nosotros le ayudáramos a mamá

a meter su mitad de las cosas en cajas de cartón. Dividieron muebles, su colección de discos y películas Betamax.

Luego te explico qué era Betamax.

Papá después se quedaría solo en la casa, empackando su lote. Me imagino ahora lo triste que se ha de haber sentido, todo solito, recogiendo recuerdo tras recuerdo. Pero en ese momento, dentro de mí, no existía el sentimiento de compasión. Según yo, mis dos padres eran unos vampiros sin sentimientos. No de los guapísimos de ahora, vampiros más *light*, sino de los otros, temibles y muy feos.

Me burlo, pero en verdad los odiaba. ¿Peor que como tú me odias a mí a veces? Muchísimo peor. Como decía un comediante de los ochenta, disfrazado de ratón veracruzano: “odio con odio jarocho”.

Nosotros, los hijos, mientras tanto, además de meter todas las pertenencias de nuestros progenitores en cajas de cartón, debíamos escoger entre nuestras cosas personales lo que nos llevaríamos a la nueva casa y lo que regalaríamos a un albergue para niños. Como el espacio al que nos mudaríamos era mucho más pequeño, ella nos pidió que nos lleváramos sólo lo que fuera útil y lo que amáramos en verdad. Lo demás sería un regalo padrísimo para los niños sin hogar y sin papás egoístas como los nuestros.

Cada quien debía limpiar su clóset, y aunque yo le ayudé a Domingo porque era chiquito, o sea chaparrito, y no alcanzaba los juguetes de hasta arriba, ésa era una actividad que yo prefería hacer completamente a solas. No quería que nadie, en particular Diego, descubriera mis “tesoros escondidos”. Así que sólo yo podía bajar mis cajas secretas, en las que guardaba cosas como las decenas de

vestidos de papel para Vanessa Redgrave, mi muñeca de cartón; una caja de música que me había regalado mi abuela, que había muerto dos años antes, con una bailarina de ballet de porcelana rosa; una miniatura de la torre Eiffel; una botella de Drakkar Noir, que era una colonia para hombres que me encantaba porque yo juraba que así olería mi futuro esposo, y mi Barbie hawaiana con todo su guardarropa. Me daba pena que Diego encontrara las muñecas porque se burlaría de mí hasta el fin de los tiempos. Y aunque la amenaza de una guerra nuclear entre Estados Unidos y la URSS hacía probable que el fin llegara pronto, ese poquito tiempo que le quedaba al mundo yo lo viviría como la peor de las pesadillas.

Al tener en el piso frente a mí el contenido completo de las cajas secretas, dudé muchísimo si sería capaz de deshacerme de todo, pero intuí que mi infancia se había terminado y que me tocaba hacer en ese momento lo que había postergado durante años. Mi niña interior hizo un gran berrinche, pero lo logré.

Además de mi clóset, debía dejar las paredes de mi habitación limpias para que las pudieran resanar y pintar. Para eso tuve que despegar, con muchísimo cuidado, a Corey, a Rob y a Brooke.

Corey (Hart) era un guapo canadiense que cantaba una canción sobre cómo él usaba lentes oscuros de noche para que nadie viera sus sentimientos verdaderos, y Rob (Lowe) era un actor de películas para chavos, que era también muy guapo. No, no les dejaba besos con lipstick. Sólo soñaba con ser novia de Rob un par de años y luego casarme con Corey y vivir en Hawái.

De chava, para mí el paraíso era un lugar real y se llamaba Waikiki, que estaba en la más linda de todas las islas hawaianas, con sus flores rojas y una playa de arena como talco de bebé. Nunca he estado allí, pero había un programa de tele sobre un detective privado que me fascinaba, y él allí vivía. El detective era un bigotón llamado Magnum P. I., como las paletas heladas.

La última estrella de mi habitación era una mujer. Brooke Shields era una actriz y modelo internacional, pero sobre todo era mi modelo a seguir. Todas las revistas para chavas resaltaban su gran inteligencia y cómo manejaba su carrera de modelo y al mismo tiempo estudiaba en la Universidad de Princeton. Me parecía que ésa era la imagen de una mujer moderna, porque en la segunda mitad del siglo XX ser guapa sin ser brillante se me hacía un logro muy menor. Estaba segura de que después de graduarme de la UNAM, donde habían estudiado también mis padres, me iría a Nueva Jersey a estudiar la maestría en Princeton, igualito que Brooke.

Usaba, incluso, los mismos *jeans* Calvin Klein que ella anunciaba. Yo juraba que con tu marca de *jeans* decías qué tipo de chava eras: o eras una chica Guess o una Jordache, Gloria Vanderbilt o Calvin o Fiorucci o Levi's o Wrangler, que era como de vaqueros del oeste. Es una tontería, pero así pensaba yo. Ahora sé que puedes comprar tu ropa en el súper y ser igual de feliz que si la compras en la tienda más cara, pero en ese entonces las nimiedades eran las que contaban para las niñas tontas como yo. Me gusta que ahora ustedes sean mucho más libres de esas cosas. Más listos.

Para escoger la ropa que me acompañaría en mi nueva vida, me miraba en el espejo obsesivamente mientras me probaba todo e imitaba las poses de Brooke, y recuerdo que me frustraba mucho. Después empecé con mi segunda habitación, o sea el sótano, empackando los libros que más me harían falta y algunas herramientas. La gran mayoría era de mi papá pero estaba tan enojada con él que me lo robé casi todo. Y él de buena gente jamás me reclamó. Fue y lo compró todo de nuevo.

Mi papá era ingeniero electrónico y trabajó para IBM toda su vida. Iba mucho a Estados Unidos por su trabajo y dedicaba su tiempo libre a buscarnos regalos. Nos traía ropa, chocolates, plumones que olían a fruta, juguetes para mis hermanos, y para mí, libros de ciencia y novelas románticas para adolescentes. Todavía puedo ver en mi mente el paquete de los deliciosos Milky Way saliendo de la maleta y recordar la emoción que me daba. Sabían como a nubecitas. A mí ya nada me sabe igual.

Lo que para ti es muy normal, como esos chocolates, en esos años era algo extraordinario en México, había muchas cosas así que no podías conseguir en las tiendas. Sólo encontrabas productos “americanos” en ciertos lugares como los tianguis, donde los vendía la gente que se dedicaba a traerlos de contrabando. Ellos vendían dulces, electrodomésticos, maquillaje, ropa, champú y hasta medicinas. A los que traían toda esa mercancía, ilegalmente, se les llamaba fayuqueros. No sé por qué. Luego investigamos de dónde viene la palabra. No, tu abuelo no era fayuquero, el sólo nos traía regalos a nosotros.

Pues pasó así una semana de trabajo intenso para todos, y el séptimo día, en vez de descansar como dictan las leyes de todos los países y religiones del mundo, mi madre, mis hermanos y yo esperamos en la cochera, con el corazón y las maletas en el piso, a que llegara el camión de mudanza que nos llevaría a nuestra nueva vida y a hacer el trabajo de desempacar todo.

Recuerdo que volteé a mirar la gran casa una última vez. Había sido el lugar perfecto para crecer. Un jardín de mares y montañas, playas y desiertos, piñatas, pícnicos con mis muñecos más queridos, y donde aprendí incluso a treparme al árbol para bajar naranjas y repartirlas entre mis pequeños invitados. Después se había convertido en el campo de batalla para los soldados, vaqueros, dragones y caballeros intergalácticos de Diego y Domingo, y mi lugar favorito para leer.

Luego empecé a recorrer la casa con mi mente e imaginé mi cuarto favorito: la sala de tele donde nos juntábamos todos cada noche a visitar a la Pantera Rosa y al Inspector. El recuerdo de ese cuarto está entrelazado con el de mis hermanos, muy pequeños, sentaditos con la mirada fija en la tele, en sus pijamas de jirafa azul, recién bañados. Allí también había visto por primera vez un “video musical” en MTV, había conocido a las Go-Go’s. Allí había aprendido a vestirme como “Madonnita” y a hacer break dance con mis hermanos, muertos de la risa.

Cuando arrancó el camión de mudanza, dejé atrás la infancia, tan cálida y confortable, para dirigirme, un poco tardíamente, al desconocido mundo de la adolescencia.

Algunas chicas son más grandes que otras

Así que de la casona estilo campirano relajado nos mudamos a un edificio en la colonia Del Valle, con un aspecto bastante moderno, compuesto por diez departamentos. El nuestro era el número ocho y se sentía como una minicasa, pero rodeada de extraños y sin jardín. La colonia Del Valle era una zona que yo no conocía realmente y viniendo del sur, de un Coyoacán casi provinciano, con calles empedradas, conventos, una plaza de pueblito con todo y kiosco, fuente e iglesia, mi nuevo barrio —por lo menos al principio— me pareció un lugar peligroso, frío, muy ruidoso y cuasi futurista.

Cuando desperté, tras la primera noche en el departamento, enmudecí completamente. No tenía nada que decir en respuesta a las no-razones que daban mis padres. Mi mamá no nos miraba mucho porque estaba muy ocupada, primero dirigiendo a los de la mudanza, luego ocupándose de “todas las cosas” relacionadas con la instalación de su nueva vida y soñando con trabajar y hacer las cosas de manera muy distinta. A su manera.

¿Y nuestros pobres corazones qué? Pensaba yo. ¿Quién se ocuparía de sanarlos?

A veces leía las novelas románticas en voz alta y se me había pegado su tono dramático.

Me dolía mucho la separación de mis papás porque no la entendía, y me frustraba que no me la quisieran explicar. Desde mi punto de vista, tan científico-racional, todo debía tener una explicación lógica. Incluso las novelas románticas tenían explicaciones congruentes.

En vez de llorar, opté por la rabia, y como la rabia era un sentimiento nuevo, no la sabía expresar muy bien, así que dejé que el silencio hablara por mí.

El único ruido que hacía era poner música en las mañanas muy temprano para despertar a mi mamá de mala gana. Ahora que lo recuerdo, casi siempre ponía una de Cheap Trick "Come on feel the noise". Qué irónico.

Domingo y Diego eran los mejores amigos, aunque eran muy distintos entre ellos, y así, aunque les afectó no ver a papá a diario, estar siempre juntos, la emoción del cambio de casa y los nuevos amigos del edificio que hicieron casi de inmediato ayudaron mucho a que la pasaran bastante mejor que yo. Para ellos vivir en ese edificio fue como estar en el patio de la escuela todos los días, todo el día, subiendo y bajando, corriendo, haciendo bromas, jugando y jugando a que jugaban.

Aunque pareciera lógico que me llevara mejor con Diego, que me seguía en edad, en realidad mi consentido era Domingo, desde que nació. Sí, Domingo es un nombre chistoso, pero me parece que le queda muy bien porque es el día más especial de la semana. No me imagino a Domingo con un nombre común como José o Pedro.

¿Y yo cómo era a los dieciséis? Pues era muy como tú. Sí, ya sé que no nos parecemos físicamente en casi nada, que tú tienes la nariz de botón de tu padre, los ojos de su hermana, el mismo pelo y del mismísimo color que tu abuela, pero a veces es inevitable verme en ti. Sobre todo cuando haces ciertos gestos. ¿Como cuáles? Bueno, pues por ejemplo eso que haces con los ojos, cuando bajas los párpados a media asta, frunces el ceño, como si dudaras del mundo y luego, de pronto, abres los ojos bien abiertos y te nace una sonrisa enorme, y pareciera que te estás acordando de algo genial o que estuvieras viviendo un momento de ¡eureka!, feliz.

Yo di el estirón hasta los diecisiete, así que en ese momento era de tamaño mediano, tenía una cara redonda como de niña, era muy pecosa, tenía el pelo café-rojizo, quebrado y cortado “en capas”, y ojos cafés con pestañas cortitas. Luego te enseñé fotos. Y me vestía según yo “a la moda”, con falditas de mezclilla y *jeans* de tubo, pegados en el tobillo, porque no había peor pecado que los *jeans* acampanados, que eran jipis o nerdosos. Usaba botitas negras o tenis blancos y calcetines de neón, blusones o playeras muy libres amarradas con cinturones enormes, y en general usaba paliacates de colores en el pelo, como las chicas de Bananarama. Ah, y siempre, colocado sobre el cinturón, traía mi walkman amarillo, y mis audífonos alrededor del cuello.

Mi mamá me describía como “curiosa en exceso”. Quería entender el funcionamiento de todo y la mejor manera que había encontrado hasta ese momento era a través de

los libros y desarmando cosas. Me parecía que todo, tanto lo que pertenecía al mundo natural como lo creado por el hombre, contenía secretos, y yo era muy chismosa y quería que me los contaran todos. Pasé cientos de horas encendiendo el motor del coche y mirando debajo del cofre, deshaciendo la licuadora, el tostador, el teléfono, los radios, los relojes y luego volviendo a armarlos, aunque no siempre quedaban como antes. Cuando mi mamá compraba un nuevo electrodoméstico, me prohibía tocarlo durante un año. Tú haces un poco lo mismo cuando algo te intriga, vas e indagas debajo de su cofre, pero en cuanto sabes lo básico, te aburres y te vas a otra cosa. Yo era una obsesiva.

Por otro lado, mi madurez emocional era de tercero de primaria. Creo que una de las razones por las que permanecí siendo una niña tanto tiempo, además de mi encierro, fue que no conviví con hombres de mi edad. Desde el kínder hasta que me gradué de la prepa fui a una escuela de puras mujeres. En los ochenta había muchas escuelas así, donde, en su mayoría, las maestras eran monjas. Durante toda la prepa, el único hombre que me dio clases fue el profesor Guido, un viejito muy simpático, un abuelito que nos daba clases de Matemáticas, Química y Física.

La idea de ponernos con puras mujeres era que así nos concentraríamos en lo académico, sin distracciones.

Era una escuela bien bonita, con pequeños jardines donde nos juntábamos a platicar, cantar, leer y estudiar. Allí comí kilos de cacahuates japoneses con un delicioso líquido de chile y tamarindo destruye-estómagos, mi platillo favorito durante años. Sin duda por eso ahora tengo gastritis.

Tenía un grupo de amigas muy buena gente, y aunque no entendían mis obsesiones por desarmar cosas o hacer maquetas para entender cómo se construía un puente, hubo siempre un pacto de amistad inquebrantable entre nosotras. Si alguien necesitaba algo, las otras allí estábamos. Así nos enseñaron en la escuela y nos gustaba saber que había una hermandad. Cuando sucedió lo de mis papás, les hablé por teléfono a dos o tres y lo platiqué a grandes rasgos con cada una, pero justo como estábamos de vacaciones, muchas salieron de la ciudad y no nos vimos.

Todas las clases eran iguales a las que tomas tú, salvo computación, en la que estudiábamos sistemas como Ms-Dos para hacer que la computadora escribiera mil veces una frase o dibujara una cara con símbolos. La única clase que era distinta se llamaba Taller de Valores, donde discutíamos posibles escenarios, típicos de la vida de adulto, y la maestra nos cuestionaba sobre la manera “correcta” de reaccionar y nos hablaba de Dios todo el tiempo. De hecho todas las maestras lo traían a colación en cada oportunidad. Como eran ya muy amigas de él, le decían “Diosito”.

Lo que no sabían ni los padres de familia ni las monjas era que afuera de la reja de la escuela llegaban siempre los niños de la escuela para hombres situada, muy cómodamente, a dos cuadras de nosotras. Y allí, en la banqueta, tenían lugar apasionados romances, intrigas, besos robados, cartas intercambiadas y todo tipo de declaraciones de amor. Sí, corrían los años ochenta pero a veces se sentía como novela de García Márquez, donde todo sucedía en un pueblito hace un siglo.

Yo era demasiado tímida para platicar con algún chavo afuera de la reja. Además, realmente no creo haber tenido muchas ganas. Mi corazón ya le pertenecía a alguien. No, no a Corey Hart, me refiero a Santiago Polenz.

Él iba en la prepa en esa escuela de hombres, era un año más grande, aunque iba en el mismo curso que yo, tenía un perro gigante que paseaba por Coyoacán y era tan brillante en la escuela como en la cancha de tenis. Suena horrible, un fresa, un pesado, lo sé, pero no era así; además de ser casi perfecto, era gracioso, coqueto y burlón. No conmigo, porque a mí no me conocía ni me volteaba a ver, pero sí con todo el mundo. Aun así, era en mi mente la perfección encarnada.

No creas, me doy cuenta de lo que te acabo de decir y me doy pena ajena.